

es *proyecto* —sería mejor escribir: pro-yecto—: es el arrojarse del yo ante una posibilidad del propio ser; es un presente que se lanza, consciente o inconscientemente, a la conquista del futuro; es un tono del temple vital de la persona —como dice Landsberg—; es el apetito de seguir viviendo humanamente. “En su constante espera, el ser del hombre pretende existir en el futuro siendo a la vez ‘hombre’ y ‘él mismo’.”<sup>25</sup>

En la espera puede haber varias modalidades. Fundamentalmente se reducen a tres: *inanidad*, *circunspección* y *autenticidad*.

a) La espera es *inane* cuando la entrega es laxa, superficial. En este caso el hombre, indiferente a lo que espera, sólo pretende “pasar el tiempo”: la vida es para él mero “pasatiempo”; o peor aún, pretende “matar el tiempo”. El que se contenta con “pasar el tiempo” simplemente dejar fluir la novedad; el que “mata el tiempo” trata de aniquilar, antes de que nazca, toda probabilidad de novedad en su vida.

b) Hay la espera *circunspectiva* —circunspección es mirar en torno— en la que la entrega del esperante es más intensa; se propone la realización de un deseo: o la consecución de un bien o la evitación de un mal. Se aspira, entonces, a tener lo que se espera; se mira en torno para destruir lo que le impide lograr la posesión frutiva del objeto de su espera.

c) La espera *auténtica* es el modo más profundo de la entrega. Ya no es la mera gustación del paso del tiempo ni el simple logro del objeto deseado; se trata del compromiso radical en el cumplimiento de la vocación personal. Es la máxima tarea del hombre. “Sólo se vive a sí mismo —apunta Ortega y Gasset—, sólo vive de verdad, el que vive su vocación, el que coincide con su verdadero *sí mismo*.”<sup>26</sup> Es un “llamamiento” a ser alguien y a hacer algo con originalidad y autenticidad. Por ello ser hombre *es pro-tensión*, es misión, es compromiso ineludible. Existir o no existir no me fue propuesto sino impuesto, pero existir con dignidad y autenticidad es tarea exclusivamente mía: se me propone para que yo me comprometa o no, para que trate de llegar a la plenitud de la “hombreidad” personal o para que me quede enraizado en la vulgaridad anodina del anonimato y de la mediocridad —el *das Man* heideggeriano—.<sup>27</sup>

En la espera se manifiesta la naturaleza del hombre: *animal insecurem* que dijera P. Wust, porque la confianza del que espera lleva consigo una veta de desconfianza, temor, angustia, ya que la espera puede desembocar en fracaso.

<sup>25</sup> LAÍN ENTRALGO P. *op. cit.*, p. 540.

<sup>26</sup> En torno a Galileo, en *Obras Completas*, t. V. p. 138.

<sup>27</sup> En estas modalidades sigo a P. LAÍN en su magnífica obra *La espera y la esperanza*, pp. 546-550.

Y es que “la espera está hecha de promesa y de amenaza”.<sup>28</sup> La espera proyecta al esperante hacia el horizonte ambivalente del ser y del no-ser, de la fruición y del desencanto, de la conquista y del fracaso. La esperanza siempre se dirige a lo *agradable*; la espera no es así.

Además de la espera, se da la expectación —estar a la expectativa—. *Expectare* significa *mirar atentamente*. Por tanto la expectación no es pura y pasiva recepción, sino que es una *espera atenta y tensa*. De donde *estar a la expectativa* es un esperar activo y preocupado, agudo e incierto. La esperanza es una espera vital y confiada. Espera y confianza serían, pues, los elementos constitutivos de la actitud psíquica que es la esperanza. Confianza no es seguridad. Por eso en la esperanza la confianza es insegura. “Confía... quien cree en el buen término de la insegura e irrenunciable pretensión de ser que la ‘fianza’ es.”<sup>29</sup> Confía el que se lanza a la pretensión de seguir siendo hasta llevarlo a su culmen. Entonces la confianza es lo que hace de la espera esperanza. Pero no se entienda la confianza como sinónimo de pasividad. La verdadera confianza es dinamismo y osadía, compromiso y entrega.

¿En qué confía el que espera? Confía en sus posibilidades —pero no con una confianza presuntuosa e irracional— y en la eficacia de alguien o de algo. Y así como todo objeto del entendimiento lleva a éste al “todo”, al ser de que forma parte, así la confianza en algo o en alguien nos refiere ineludiblemente al “todo de la realidad”. Por ello, asegura Marcel que confiar es dar crédito a la realidad.<sup>30</sup> Y es que la verdadera confianza va íntimamente unida con la verdad porque una verdad es apenas un “algo” del “todo” de verdades; una persona es apenas un “alguien” del “todo” de personas: la confianza en “algo” implica la confianza en el “todo”, la confianza en un hombre implica la confianza en los hombres. De lo contrario, sería imposible la convivencia humana. Y el fondo íntimo de la realidad es religante (Zubiri) y envolvente (Jaspers). Así escribe hermosamente Laín: “En su raíz, esperar es saltar con los ojos abiertos desde el presente concreto hasta el último fondo de la realidad. Con los ojos abiertos, porque el salto nunca puede ser seguro; hasta el fondo mismo de la realidad, porque, pese a nuestras inseguridades y cautelas, confiamos en su fundamentalidad y en su obsecuencia.”<sup>31</sup>

¿Qué es lo que el esperanzado espera? Espera el éxito de su pro-yecto, espera seguir siendo él mismo en la dimensión humana de su plenitud. En su concreta situación personal espera simultáneamente *ser hombre, ser él*

<sup>28</sup> J. M. KIJM, *L'expérience du vide*, en *Situation I*, (1954) pp. 150-171.

<sup>29</sup> LAÍN, *op. cit.*, p. 573.

<sup>30</sup> “*Espérer, c'est faire crédit à la réalité*”, *Etre et Avoir*, p. 108.

<sup>31</sup> *Op. cit.*, pp. 579-580.

*mismo* y *ser plenamente* en el futuro. Estos tres momentos van implicados en todo lo que se espera. Porque cuando yo espero "algo", mi esperanza se dirige hacia la autorrealización, es decir, a mi crecimiento psíquico, moral y espiritual. Para todos, el objeto de la esperanza es la felicidad. La estructura ontológica, menesterosa y precaria, del hombre impide obtener en este mundo una felicidad plena. Aun los más felices jamás lo son totalmente. De cualquier manera, la felicidad es el objeto de la esperanza humana.

¿En qué está concretamente la felicidad? En la coincidencia entre lo que se quiere ser y lo que realmente se es, decía Ortega. En la coincidencia entre el ser y el deber-ser. Tendemos naturalmente y por necesidad al bien. Por ello toda tendencia nuestra a tal felicidad —determinado bien— nos proyecta siempre hacia la trascendencia, *hacia la felicidad, hacia el bien*, porque nuestras aspiraciones son en realidad nuestras cuando nos lanzan a "ser siempre" y de la mejor manera posible. Entonces todo bien que un hombre espera, siempre es el sumo bien: de lo contrario sus aspiraciones quedarían totalmente satisfechas al obtener el logro de sus esperanzas determinadas, de algunos bienes particulares. Estos, en último análisis, no son más que participaciones, modalidades del sumo bien. Por tanto, el hombre espera, por naturaleza, lo que trasciende su naturaleza; lo natural en el hombre es ser apertura a lo trans-natural. No se trata de un trans-natural de un mundo ideal, sino de un trans-natural inmanente al hombre, ya que todo bien lo es por *el* bien que lo sostiene y lo fundamenta ontológicamente. Entonces esperanza y creencia van íntimamente unidas. Como esperanza y verdad. No se puede esperar lo que no se cree —decía San Agustín—. Entonces mis esperanzas determinadas y sucesivas, mis esperanzas cotidianas e intrascendentes, están radicadas en la esperanza genuina que se funda en la trascendencia, aunque yo no quiera.

En relación a la esperanza puede haber —y de hecho hay— actitudes negativas u opuestas, como la angustia, la desesperanza y la desesperación.

La angustia es el estado de ánimo ante la perspectiva de la nada definitiva y total. Desde hace varios años la angustia es: un concepto ontológico, un sentimiento del alma sana o del alma enferma, y una fastidiosa, pero significativa, moda literaria.<sup>32</sup> Desde la publicación de *Sein und Zeit* la angustia es un tema frecuente en la Filosofía contemporánea. Y se nos dice que es el radical temple de ánimo de la existencia arrojada al mundo.

La angustia nos descubre la mundanidad del mundo en su verdadera forma. Lo que en la angustia nos hace huir es el hecho bruto, desnudo, inexorable e implacable de estar-en-el-mundo. Al reducir todo a *nada* la angustia lleva a la soledad radical. La angustia es la soledad invulnerable y acaba con

<sup>32</sup> Cfr. P. LAÍN, *op. cit.*, pp. 559-560.

toda posibilidad de placer. Por la angustia el hombre encuentra la nada y el ser.<sup>33</sup>

En psicología y en medicina se nos describe el sentimiento de la angustia como la vivencia de una honda amenaza contra la unidad del yo o de la inminencia de la muerte.

La desesperanza —*inespera*, si fuera posible el vocablo, *unhope*, de Th. Hardy, *inespoir*, de G. Marcel— no es la carencia total de esperanza porque es imposible la vida sin espera ni esperanza, sino que consiste en cierto desconfiar de poder lograr aquello a que tiende la espera o la esperanza. La desesperanza —*inespera* o *inesperanza*— es un débil esperar o un estar casi indiferente ante la posibilidad de obtener lo esperado.

La desesperación es el desconfiar vehemente de la posibilidad de obtener algo de la vida o de los demás. Es la pérdida vital del sentido del valor. Por ello la desesperación lleva a la parálisis de la actividad personal en vistas del logro de lo esperado.

La esperanza está esencialmente orientada hacia el futuro. Pero, como ya quedó dicho, el futuro *si es*, no hay dificultad en entender que la esperanza es proyecto de realización. Quien dice esperanza dice futuro para la realización. Quizá mejor, dice presente que deviene. Los griegos pensaron que la verdadera ciencia consistía en pasar súbitamente del "ahora" —*nyn*— al "siempre" —*aei*—. La mente llegaría a la contemplación de "lo que es" y estaría por ello en el ámbito del "siempre" pues el ser es "lo que es siempre". La concepción cíclica del tiempo —el eterno retorno de siempre lo mismo en que se manifiesta lo que son las cosas— explica la significación y el alcance del saber humano.

Para el cristiano, el tiempo eterno de los griegos es inadmisibile porque el eterno retorno es un movimiento sin principio ni fin y por lo mismo es algo sin sentido y absolutamente cerrado. El tiempo empezó con la creación *ex nihilo* y se desarrolla en el "devenir de la historia" hasta un definitivo término de llegada. La historia, por tanto, tiene su fin más allá de la historia. Esto último está ya en el seno del misterio y del cual nos habla la revelación. El tiempo histórico, para el cristianismo, es escatológico. Génesis, principio del tiempo histórico. Apocalipsis, absorción del tiempo histórico en la eternidad.

El mundo moderno secularizó el concepto cristiano del tiempo, pero no volvió al concepto de los griegos.

Si se concibe el "siempre" como los griegos, se desemboca en la desesperanza. Si se le concibe a la manera de los cristianos, se llega a la esperanza porque

<sup>33</sup> Cfr. *El Ser y el tiempo*, FCE. México 1971, p. 40 y 50: *¿Qué es metafísica?* Ed. Séneca, México 1941, pp. 34-48.

se vive la escatología, se espera la "consumación de los siglos", se está abierto a la perspectiva del sumo bien: reconstituido —*apokatástasis*— todo en Cristo, el justo gozará indefinidamente de todos los bienes. Entonces el futuro es actual en cierto modo, porque de hecho es un "éxtasis" de la eternidad. Y nuestra vida se realiza en una presencia y no, como es obvio, en el pasado ni en el futuro.

El tiempo implica la eternidad en la que no hay pasado ni futuro y en la que no es necesario convertir el pasado y el futuro en presente a fin de que tengan sentido. Porque ordinariamente el pasado, que ya no es, sólo tiene sentido por el presente, o tal vez mejor, por el futuro. Y éste, el futuro, que todavía no es, sólo tiene sentido por el presente. Sin embargo, hay que concebir el tiempo no como una sucesión de "instantes" sino como un "todo", como una presencia. Y entonces el futuro de la esperanza es ya presente, que el logro de lo esperado convertirá en plenitud. El futuro es la oportunidad de una más completa autorrealización.

El tiempo tiene una dimensión horizontal y una dimensión vertical. Esta es, sin duda, la más importante y la más olvidada, por desgracia. En ella está el verdadero valor del tiempo. Propio del hombre es "ser siempre", pero este ser siempre no es simultáneo, es sucesivo, con sucesividad pro-yectiva, futurizante. El hombre es pro-yección, distensión, que desde la presencia asume lo pasado para madurar mejor su pro-tensión hacia el futuro —esperanza—. El presente es una pálida y débil imagen de la eternidad. Esperar, en todo caso, es esperar "ser siempre". Es preguntar el éxtasis del ahora permanente. Es encontrarse frente a su propia inmortalidad. Es acercarse a la plenitud de su propio ser.

"Se camina sobre el vacío", apunta Malraux en su *Psychologie de l'art*. "El mundo en que sufren y mueren los hombres es el mismo que el mundo en que sufren y mueren las hormigas: un mundo cruel e incomprensible."<sup>34</sup> En 1802 decía Hegel que el sentimiento en que se funda la religión de los tiempos nuevos es el sentimiento de que Dios ha muerto.<sup>35</sup> Años más tarde F. Nietzsche clamará: "¡Dios ha muerto! ¡Dios permanece muerto! ¡Nosotros lo hemos matado!". Y más adelante expresa el júbilo inmenso porque Dios no existe: "Nosotros los filósofos, los espíritus libres, ante la nueva de que el Dios antiguo ha muerto, nos sentimos iluminados por una nueva aurora; nuestro corazón se desborda de gratitud, de asombro, de expectación y curiosidad; el horizonte nos parece libre otra vez, aun suponiendo que no aparezca claro; nuestras naves pueden darse de nuevo a la vela y bogar hacia el peligro; vuelve a ser

<sup>34</sup> R. GARY, apud LAFÍN, op. cit., p. 316.

<sup>35</sup> Cfr. M. HEIDEGGER, *Holzwege*, Klostermann, Frankfurt a. M. 1950, p. 197.

lícita la osadía del conocimiento; el mar, nuestro mar, se abre de nuevo a nosotros, y tal vez no tuvimos jamás un mar tan ancho."<sup>36</sup>

Todavía Nietzsche piensa que el profeta que da a conocer la muerte de Dios ha venido demasiado pronto. Y le llama loco —*der tolle Mensch*—. El hombre de nuestros días ya ni se preocupa de Dios. El ateísmo, en muchos, parece una vivencia normal. ¿Habrà por ello acabado la esperanza?

En el principio era el caos, dijo Hesíodo. En el principio era la palabra, dijo San Juan. En el principio era el *en-sí*, dice Sartre. O sea, al principio era el absurdo.<sup>37</sup> Si el mundo es absurdo, si el hombre es una "pasión inútil"<sup>38</sup> ¿es posible todavía la esperanza? ¿No ha escrito Zubiri que "el hombre consiste en religación o religión"?<sup>39</sup>

De hecho, en nuestro mundo secularizado no ha muerto la esperanza. Y aunque no se cultive la esperanza vertical y escatológica, todavía el hombre actual tiene esperanza, mejor dicho, esperanzas.

En la hora actual, la humanidad vive en la incertidumbre del futuro. Hay muchos hombres desilusionados, muchos angustiados, muchos que ya perdieron la esperanza. Afortunadamente surgen por todas partes nuevas esperanzas porque el hombre es un animal que no puede vivir sin esperanza.<sup>40</sup>

Solamente voy a indicar algunos tipos de esperanza en el hombre actual.

1. *Humanismo democrático*. Son muchísimas las personas que tienen puesta su esperanza en que la democracia dará una organización justa, segura y pacífica a la vida humana. Y aun quienes se oponen tenazmente a la llamada "democracia occidental" proclaman pertenecer a la verdadera democracia y luchan por instaurar una "democracia popular". Millones y millones de personas piensan que la democracia es lo único que puede curar los graves males que aquejan a la humanidad.

Según el humanismo democrático el hombre es el único dueño de su destino y tiene la capacidad suficiente para hacer una sociedad perfecta. Tiene que fiarse exclusivamente en sus propias fuerzas para lograr la felicidad. No tiene por qué recurrir a las creencias religiosas que son ilusiones y enajenan al hombre.

2. *Humanismo científico*. Todavía hay quienes confían en que el hombre, gracias a la ciencia y a la técnica, puede no sólo acabar con el hambre, la

<sup>36</sup> *La gaya ciencia*, aforismos 125 y 343.

<sup>37</sup> Cfr. *L'Être et le néant*, Gallimard, Paris 1950, p. 34.

<sup>38</sup> Cfr. *Ibid.*, pp. 653-654, 707-708.

<sup>39</sup> *Naturaleza, historia, Dios*, Poblet, Buenos Aires 1948, p. 374.

<sup>40</sup> La desesperación total es imposible. Si se da, es un caso patológico.

pobreza, la ignorancia y la enfermedad, sino realizar un orden social capaz de satisfacer las necesidades más profundas del hombre y de darle la felicidad que tanto anhela. La ciencia es la esperanza de la humanidad. El método científico es el medio más seguro para llegar a la verdad.

El hombre ha domeñado a la naturaleza y, con el progresivo desarrollo de la inteligencia, ha hecho un mundo digno del hombre. Y llegará el día en que la ciencia vencerá definitivamente el dolor y a la misma muerte.

3. *Humanismo marxista*. El marxismo, que es una filosofía de la historia, una teoría económica, una doctrina política y, para muchos, también una religión sin Dios, ofrece una esperanza apasionante a muchos pobres, oprimidos, vejados y maltratados.

La época de la injusticia, de la opresión, del odio y de la lucha de clases se acerca a su fin porque el capitalismo ya está en agonía. La consumación de la historia será ante todo una reconciliación: la naturaleza ya no será hostil al hombre, no habrá lucha de clases, todo será para todos. Y el mundo vivirá en una paz inalterable y en una felicidad sin fin.

Recientemente algunos marxistas (por ejemplo Roger Garaudy) están dando gran importancia al futuro del hombre y por lo mismo a la esperanza. "Nuestra tarea de comunistas —dice Garaudy— se cifra en acercar al hombre a sus sueños más hermosos y a sus mayores esperanzas."<sup>41</sup> Por ello la trascendencia marxista "es una dimensión del acto del hombre hacia su ser lejano".<sup>42</sup> Este "ser lejano", que está en el horizonte de todos los proyectos del marxista, es únicamente el futuro humano. "Si queremos darle un nombre —continúa Garaudy—, no será el de Dios... El nombre más hermoso y más alto que puede darse a esta exigencia es el de hombre... Cristianos y marxistas vivimos sin duda la exigencia del mismo infinito, pero el vuestro es presencia y el nuestro, ausencia."<sup>43</sup>

Por su parte el marxista Ernst Bloch ha expuesto una filosofía de la esperanza que ha sido muy criticada por los marxistas. El libro *Das Prinzip Hoffnung* es una verdadera enciclopedia en la que ampliamente expresa lo que se espera en las esperanzas de los hombres: un mundo sin engaño, una felicidad como no la hubo jamás, el cielo en la tierra, que el mundo sea hogar del hombre, un mundo en el que el hombre sea hombre y no lobo para el hombre, el reino de la libertad, la identidad del volver del hombre en sí con el mundo logrado para él.<sup>44</sup>

<sup>41</sup> *Del anatema al diálogo*, Ed. Ariel, Barcelona 1968, p. 86.

<sup>42</sup> R. GARAUDY, *op. cit.*, p. 92.

<sup>43</sup> *Op. cit.*, p. 94.

<sup>44</sup> *Prinzip Hoffnung*, Suhrkamp, Frankfurt 1959, párrafos 122, 390, 241, 364, 368.

Esto último "el sumo bien de todos los esperados en la esperanza". Es lo que mitológicamente se ha llamado "cielo".<sup>45</sup>

Lo que el hombre espera es puramente mundano. Lo demás es "ilusorio". El hombre es un ser no fijo, siempre proyectado al futuro; es un ser "que, juntamente con el mundo que le rodea, es una tarea y un gigantesco receptáculo lleno de futuro".<sup>46</sup> Este futuro no es Dios sino lo desconocido del hombre, lo humano todavía no encontrado.<sup>47</sup> Dios no es más que el futuro anhelado.<sup>48</sup>

Bloch avanza más y afirma que lo esperado por el hombre sólo se puede realizar mediante la transformación socialista del mundo: "siempre, en los 'sueños de una vida mejor' se ha deseado un 'ser dichoso' que sólo el marxismo puede proporcionar".<sup>49</sup> Por lo mismo, tan sólo en los países donde se ha implantado el marxismo se ha comenzado a realizar el sueño del *regnum humanum* y "el reino de la libertad" que antes en ninguna parte estuvo presente.<sup>50</sup>

Intenta E. Bloch dar un giro religioso a su doctrina y llega hasta decir que lo que era Jerusalén para los judíos eso es el marxismo para los hombres de nuestro tiempo. Y exclama emocionado: "*Ubi Lenin, ibi Jerusalem*": donde está Lenin, allí está Jerusalén.<sup>51</sup>

*Combate la expresión "esperanza del más allá"* y orienta el concepto "esperanza" hacia lo puramente humano, político y planificable. Casi elude el problema de la muerte y al tratarlo brevemente recurre al viejo y conocido sofisma: "donde está el hombre, no está la muerte; y donde está la muerte, no está el hombre".<sup>52</sup> El marxismo no tiene solución al problema de la muerte porque ¿qué nos importa que el mundo sea "hogar para el hombre", la "felicidad plena", el "mundo sin engaño", si tenemos que morir? ¿De qué sirve la esperanza mientras se dé la muerte? No basta decir, como lo hace Bloch, que la certeza de la conciencia de la clase es un antídoto contra la muerte.<sup>53</sup> Es evidente que no muere la "clase", pero lo que le importa al hombre es saber lo relativo a su propia muerte. El "más allá" del marxismo, la perspectiva de que en el futuro haya una sociedad sin clases, queda también en Bloch radicalmente

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 364, 368.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 135.

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 1515, ss.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 1402.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 241.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 711.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 1391.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 1380, 1383.

abstracto y ambiguo. Por ello —y por las soluciones que da Bloch a través de su voluminosa obra— el “principio esperanza” no resuelve los problemas. Porque ¿qué es lo que hace al hombre vivir en esperanza y estar en movimiento hacia adelante? ¿Qué es lo que lo convierte en constante pregunta para sí mismo? ¿Qué le impulsa a dirigirse a un futuro desconocido? ¿Qué le estimula a buscar la identidad y la realización de sí mismo? Bloch responde: la patria de la identidad, es decir, que el hombre se ha vuelto esencialmente uno consigo mismo, con sus iguales y con la naturaleza. Ello será “cuando la sociedad y la existencia se vuelvan radicales, es decir, cuando echen raíces. Pero la raíz de la historia es el hombre que trabaja, que crea, el hombre que reforma y supera lo que existe. Una vez que el hombre se ha captado y ha fundamentado lo suyo, sin enajenación, en una democracia real, entonces surge en el mundo algo que aparece a todos en la niñez y en donde nadie estuvo todavía: la patria”.<sup>54</sup> Pero la verdadera patria del hombre no es este mundo. Así lo confiesa veladamente Bloch cuando dice: “donde hay esperanza hay religión”. Parece que Bloch ve la verdadera solución, advierte cuál es la esperanza fundamental, aunque no se atreve a confesarlo.

4. Hay también muchísimas personas cuya esperanza está cifrada en la libertad, en el sexo, en la evolución de la materia<sup>55</sup> y aun hay quienes han llegado a la “gran esperanza de la desesperación” que diría Nietzsche. Y es que el hombre *es* esperanza ante la posibilidad de convertirse en desesperación.<sup>56</sup>

¿Qué llenará el vacío dejado por la ausencia de Dios en el alma de nuestros contemporáneos? ¿El “sentido de la tierra” nietzscheano? ¿La patria de la identidad, de Bloch? ¿El mundo feliz, de Huxley?

Cada época se forja una imagen del hombre. ¿Cuál es la imagen que de sí mismo ha hecho el hombre actual? Quizá la de Prometeo. Quizá la de Sísifo. El mundo es absurdo —se afirma por todas partes—. El hombre es absurdo. “Si no se cree en nada, si nada tiene sentido y no podemos afirmar valor alguno, todo es posible y nada tiene importancia.”<sup>57</sup> Tal es la filosofía de las multitudes. Porque al fin y al cabo —expresa A. Camus, profeta de nuestro tiempo— “el clima del absurdo está al comienzo. El final es el universo absurdo y la actitud espiritual que le ilumina con una luz que le es propia”.<sup>58</sup>

Primero Prometeo, el impío, el que se rebela contra los dioses —contra Dios—. El hombre es absoluto; no reconoce principios; él mismo es el creador

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> Cfr. A. Gibson, *The Faith of the Atheist*, Harpers and Row, New York.

<sup>56</sup> Cfr. P. LANDSBERG, *Erfahrung des Todes*, Luzern 1937.

<sup>57</sup> A. CAMUS, *El hombre rebelde*, Introd, Losada, Buenos Aires 1970, p. 115.

<sup>58</sup> *Id. El mito de Sísifo*, Losada, Buenos Aires 1970, p. 19.

de sus propios valores; él mismo se da sus propios fines. Y desde la nada, confiando en sus propias fuerzas, se dirige hacia el todo. Después Sísifo, el desesperado. Todo es absurdo. Nada vale la pena: “la vida empieza más allá de la desesperación”.<sup>59</sup> Ahora, sobre todo Sísifo porque es el héroe del absurdo, por sus pasiones y por su tormento. Porque fue castigado a no acabar nada, por su desprecio a los dioses, su odio a la muerte y su apasionamiento por la vida. Cuando Sísifo toma conciencia de su desgracia es superior a su destino, es más fuerte que su roca, porque no hay destino que no se venza con el desprecio. Sísifo, proletario de los dioses, impotente y rebelde, conoce toda la magnitud de su miseria. Me sigo imaginando a Sísifo volviendo hacia su roca. Y el dolor estaba al principio. La dicha no se opone al absurdo. Son inseparables. Toda la silenciosa alegría de Sísifo está precisamente en eso. Su destino le pertenece. Su roca es su propiedad. En el universo vuelto de pronto a su silencio se levantan las mil vocécitas maravillosas de la tierra. No hay sol sin sombra. Y es necesario conocer la noche. El hombre absurdo dice que sí y su esfuerzo jamás terminará. Y sobre todo sabe que es dueño de sus días. En ese instante sutil en que el hombre vuelve sobre su vida, como Sísifo vuelve hacia su roca, contempla la serie de actos desvinculados que se convierte en su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellado por la muerte. Persuadido así del origen completamente humano de todo lo humano, ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin, siempre está en marcha. La roca sigue rodando.

“Dejo a Sísifo al pie de la montaña. Se vuelve a encontrar siempre su carga. Pero Sísifo enseña la fidelidad superior que niega a los dioses y levanta las rocas. El también juzga que todo está bien. Este universo en adelante sin amo no le parece estéril ni fútil. Cada uno de los granos de esta piedra, cada trozo mineral de esta montaña llena de oscuridad, forma por sí solo un mundo. El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso.”<sup>60</sup>

Camus proclama la dicha en la desesperanza. Sísifo sabe que su esfuerzo es inútil y sin embargo es feliz. Por ello Camus concluye que el esfuerzo por llegar a la cima, basta. Pero cuando falta la esperanza ¿es posible el esfuerzo interior para la lucha? La misma falta de esperanza ¿no es en sí una fuente de angustia y de infelicidad?

Si el “héroe del absurdo”, Sísifo, es la imagen del hombre contemporáneo

<sup>59</sup> J. P. SARTRE, *Les Mouches*, Gallimard, Paris 1943, p. 136.

<sup>60</sup> A. CAMUS, *El mito de Sísifo*, p. 96. Lo que digo de Sísifo está tomado casi literalmente de CAMUS, en la obra citada.